

La poética de Álvaro Mutis

Martha L. Canfield

La materia en desorden

Haciendo un recuento léxico en toda la poesía de Mutis, resulta evidente, incluso en una primera lectura, la reiteración de la palabra «materia», a veces sustituida por «substancia», usadas ambas como sinónimos y aun dentro de sintagmas muy semejantes y de significado equivalente. Un par de ejemplos entre muchos pueden ser: «la imperecedera substancia de sus días»¹ y «la materia de tus años»². A medida que superamos la fase en que Maqroll ocupa el centro de la poética de Mutis, y precisamente de *Los emisarios* en adelante, otra palabra empieza a prevalecer hasta hacer desaparecer completamente las precedentes: es la palabra «orden», anunciadora de una nueva visión del mundo. El punto de articulación entre las dos constelaciones semánticas se encuentra en la serie de los «Diez Lieder» de *Los Emisarios*. Cuantificando las recurrencias se observa que el vocablo «materia» aparece unas treinta veces en toda la obra, incluidos los «Lieder», y después desaparece, con una sola excepción en el «Nocturno V», donde regresa cerca de su sinónimo «substancia». Allí, además, ambos vocablos están asociados al agua de los ríos como fuente de la vida primordial, aún sin historia y sin memoria. «Substancia» recurre unas quince veces en el macrotexto³, desde el principio hasta «La visita del Gaviero», y luego desaparece, para regresar únicamente dos veces, una de las cuales es en el citado «Nocturno V»⁴.

En cambio la palabra «orden» recurre unas veinte veces, pero sobre todo a partir de los «Diez Lieder», ya que antes se presenta sólo excepcionalmente: o para referirse a cierto diseño ineluctable de la vida («el orden cerrado de los días»), desconocido a los necios (v. «Las plagas de Maqroll»

¹ «En el río», en *Reseña de los Hospitales de Ultramar* (1959), SMG 149.

² «El sueño del Príncipe Elector», en *Caravansary* (1981), SMG 197.

³ Para el concepto de «macrotexto» véase Maria Corti, *Principi di comunicazione letteraria*, Bompiani, Milano, 1976, p. 145.

⁴ La otra recurrencia está en el «III Notturmo dell'Escorial»: «una porosa substancia que des- pide/ una láctea claridad», donde el aire que se describe y que rodea al palacio, tal como el agua de los ríos, tiene el valor del alimento primigenio («láctea»).

y «Caravansary»); o bien asociado al Gaviero, quien hacia el final de sus días descubre en sí mismo «cierto prurito de orden», que lo induce a dejar sus papeles al narrador, a deshacerse de amuletos ya inútiles⁵ y así poder emprender el último viaje «ligero de equipaje», como hubiera deseado Antonio Machado, maestro constante de Mutis.

La visión del mundo que deriva de la primera fase de la poesía de Mutis se integra en esa modulación del materialismo en sentido amplio que se encuentra en algunas corrientes del pensamiento contemporáneo, como el psicoanálisis y el existencialismo. La realidad, o lo que se puede percibir de la realidad mediante los sentidos, está constituida por «cuerpos materiales» o por «substancias corporales», mientras que las realidades espirituales o trascendentes se vuelven secundarias precisamente porque escapan a toda tentativa de sistematización racional. Desde el primer poema de Mutis –o sea desde «La creciente»– se ve cómo son precisamente los objetos, en su cruda corporeidad, los que ponen en marcha la memoria y, como consecuencia, estimulan el proceso de elaboración poética. También la recurrencia de sintagmas en los que la palabra «materia» aparece asociada a entidades menos tangibles como, por ejemplo, lo *vivido* (v. «la materia de tus años», «la intacta materia de otros días», «la esencial materia/ de sus días en el mundo», etc.), pone en evidencia esta perspectiva según la cual las realidades percibidas o sentidas por el poeta tienen una definida y sólida corporeidad, en cuanto si bien provienen de una dimensión no física, la intensidad de la percepción las vuelve «materiales»⁶.

Incluso en un poema como «Grieta matinal», donde el tema es la propia «misericordia», o sea aquello que generalmente se prefiere borrar de la conciencia, esta realidad psíquica encuentra su precisión terminológica precisamente en «materia», palabra con la cual presenta una evidente homofonía. Dice el poeta que «su materia», es decir la *materia de la miseria*, es «tu materia», es decir lo que te vuelve único y distinto; lo demás son las convenciones sociales que nos hacen a todos más o menos iguales. Y ella está formada, sin duda, por los *materiales del inconsciente* –sabemos que Mutis no desdeña esta terminología psicoanalítica– que es necesario «sondear»,

⁵ Véase «La visita del Gaviero», en *Los emisarios* (1984), SMG 215-220. Éste y «El Cañón de Aracuriare» son los únicos textos maqrollianos de *Los emisarios*, último poemario donde aparece el personaje, antes de pasar a integrar la serie de novelas que se inicia dos años más tarde, en 1986, con *La nieve del almirante*.

⁶ Una poesía de los objetos es, sin duda, la de Mutis, como lo había sido la de Vallejo y como tenía que ser la poesía en general según Neruda, que así lo sostuvo en su célebre manifiesto «Sobre una poesía sin pureza» (en *Caballo verde para la poesía*, Madrid, n.º 1, 1935, hoy en Hugo Verani, *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica*, Bulzoni, Roma, 1986, pp. 259-260). Como Neruda, Mutis evidencia su ajenidad al purismo.

«penetrar», «cultivar». Es necesario «nutrirse» de esta «savia» secreta: sólo con ella se cumple el milagro del auténtico conocimiento de uno mismo, con la consiguiente definición de la propia individualidad. En otras palabras, se cumple el proceso de *individuación*, según el término específico de la psicología analítica o jungiana⁷. Por ello –nos enseña este poema– la propia miseria es como el agua que, «brotada de las grandes cloacas municipales», se vuelve «agua bautismal». Con ella, impregnados y renovados por ella, la efímera materia de todo lo vivido adquiere consistencia y se vuelve «perdurable»: «la sola materia perdurable/ de tu episodio sobre la tierra»⁸.

La visión materialista –en sentido literal– del mundo, del tiempo y de la existencia, típica de esta primera fase de la poesía de Mutis, se encarna en el personaje de Maqroll el Gaviero, el cual por un lado se deja vivir sin anteponer proyectos, sin imponer ningún tipo de «orden» a la materia casual de sus días. Pero por otro lado busca afanosamente un sentido dentro del «desorden» –otra palabra predominante en esta fase– en el que se mueve. Los retiros espirituales de Maqroll (v. «En el río», «La cascada», «El Cañón de Aracuriare») se conforman a esta indagación y es muy indicativo el hecho de que, mediante el aislamiento en una naturaleza exuberante y casi virgen, sea conducido a una especie de limbo atemporal en el que la memoria de lo vivido se decanta, para dejar a la conciencia solamente las deducciones conceptuales de lo vivido, es decir el conocimiento. Es muy indicativo, además, que en este conocimiento la «materia», o la percepción de las realidades materiales, tenga una importancia absoluta:

Supo, por ejemplo, que la carne borra las heridas, lava toda huella del pasado, pero nada puede contra la remembranza del placer y la memoria de los cuerpos a los que se uniera antaño.

Aprendió que hay una nostalgia intacta de todo cuerpo gozado, de todas las horas de gran desorden de la carne en donde nace una verdad de substancia especial y sobre la que el tiempo no tiene ascendiente alguno⁹.

Pero hay un punto en que Maqroll retrocede a pesar de su tenacidad, a pesar del desapego a su persona y de su típico modo de ir hasta el fondo sin ahorrar nada de sí mismo. Y es cuando el aislamiento y la meditación lo conducen hacia ese «vacío» en el que la propia individualidad resulta

⁷ Entre la vastísima bibliografía al respecto, véase Andrés Ortiz-Osés, C.G. Jung. Arquetipos y sentido, Universidad de Deusto, Bilbao, 1988, pp. 75-83.

⁸ «Grieta matinal», en Los trabajos perdidos (1965), SMG 119-120.

⁹ «En el río», en Reseña de los Hospitales de Ultramar (1959), SMG 150-151.

superflua, mientras la «materia» que lo rodea –que no puede ser sino vegetal, seno materno de la naturaleza– lo acoge y lo abraza absorbiéndolo, amalgamándolo en una especie de fascinante y temible unidad primordial:

Cuando los recuerdos irrumpieron en sus inquietos sueños, cuando la nostalgia comenzó a confundirse con la materia vegetal que lo rodeaba, cuando el curso callado de las aguas lodosas lo distrajo buena parte de sus días en un vacío en el que palpitaba levemente un deseo de poner a prueba la materia conquistada en los extensos meses de soledad, el Gaviero ascendió a las tierras, visitó los abandonados socavones de las minas, se internó en ellos y gritó nombres de mujeres y maldiciones obscenas que retumbaban en el afelpado muro de las profundidades.

Se perdió en los páramos [...] ¹⁰.

En el mundo mutisiano la *materia* por antonomasia está vinculada a dos de los elementos fundamentales, la tierra y el agua. La primera, a través de la vegetación, es recurrente en el sintagma «materia(s) vegetal(es)». La segunda aparece sobre todo bajo la forma del mar, de la lluvia y de los ríos, con distintas connotaciones en cada caso. El mar es la materia virgen original y se presenta «en eterno desorden» ¹¹, como corresponde a la indistinción caótica de la cual deben surgir la forma y el destino, entendiendo este último simplemente como itinerario existencial. El mar, a través de Maqroll, se presenta como el principio de libertad, en el que todo condicionamiento social se vanifica. En el mar todo es posible, pero sobre todo el individuo allí no está obligado a elegir; y en este abandonarse a las fuerzas primigenias se experimenta un sentido de liberación de lo contingente que se parece mucho, en efecto, a la libertad en sentido absoluto.

La lluvia se presenta siempre como una bendición; y es natural que sea así para quien, como Mutis, ha vivido en contacto con la naturaleza, en la montaña, y en medio de las plantaciones, observando las mutaciones del ciclo agrícola. Por ejemplo, en «La visita del Gaviero» se cuenta que la temporada de las lluvias tuvo el poder de restituir la salud a Maqroll, quien había permanecido largo tiempo entre la vida y la muerte. La lluvia en la poesía de Mutis está siempre asociada a la renovación, porque el agua pluvial limpia y restablece, alegra y vivifica.

El agua dulce además, en contraste con el agua salada del mar, alberga un significado de nutrición, y por tanto de principio vital. «El agua dulce es la

¹⁰ SMG 151.

¹¹ «El agua del mar [...], el ojo hermoso de materia virgen en eterno desorden»: «El hospital de la bahía», Reseña de los Hospitales de Ultramar (1959), SMG 148.